



VICENTE RAGA

Las doce
puertas

Parte I

Dos historias narradas en paralelo, la primera transcurre en la judería de Valencia de finales del siglo XIV, dónde unos niños se tropiezan por causalidad con una sociedad secreta. Todos los personajes existieron en su época y todos los hechos narrados se corresponden con la realidad histórica. La segunda es protagonizada por un grupo de amigos en la Valencia actual, que deben resolver un misterio centenario.

Dos historias separadas por más de seiscientos años, aparentemente inconexas, aunque quizá las apariencias engañen... Misterio, intriga, suspense e historia real, un cóctel que hace del universo de Las doce puertas una serie de novelas entretenidas y fáciles de leer que enganchan desde la primera página, pero al mismo tiempo basadas en hechos reales históricos.

A mi familia, amigos y compañeros del colegio.
De forma consciente o inconsciente, todos
habéis contribuido a crear el universo de *Las
doce puertas*.

Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente a los siglos XIV, XV y XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

1

25 DE JUNIO DE 1389

Hoy se preparaba algo grande, lo presentía.

Samuel vivía con sus abuelos desde hacía tres años, cuando se quedó huérfano. Isaac, su abuelo, era el rabino de Valencia, toda una personalidad en la judería de la ciudad.

Esta mañana se había levantado muy temprano y había sorprendido a su abuela preparando una capa negra con una gran capucha. Su corazón se aceleró de inmediato. Recordaba muy bien la última vez que había visto esa capa, hacía ya un año. Aquella noche apenas reconoció a su abuelo, cuando advirtió cómo abandonaba su casa furtivamente y se escabullía entre las sombras nocturnas de la judería. Samuel era un niño de diez años con una curiosidad arrolladora. No se pudo resistir, saltó por la ventana a la calle y marchó tras él.

Samuel se preguntaba adónde iría con semejantes ropajes a esas horas de la noche. Lo siguió hasta la Sinagoga Mayor. Aquel día se celebró la primera reunión del consejo de los diez, como su abuelo lo había llamado, aunque curiosamente tan solo asistieron seis personas. Todo duró apenas unos minutos. Hablaron de la importancia de completar lo iniciado y que esperaban hacerlo en apenas un año. Samuel no entendió gran cosa, pero tenía la sensación de que había sido testigo del inicio de algo que parecía importante.

Ya había pasado un año desde aquella primera reunión. Samuel estaba convencido de que esta noche iba a tener lugar la segunda, sino su abuela no estaría preparando esa

extraña capa. La emoción lo dominaba. Se pasaba gran parte de su tiempo estudiando en la escuela y, cuando salía, seguía con sus libros, así que cualquier situación que se escapara de la rutina cotidiana era objeto de su especial atención.

Ese día, en la escuela, se le pasó casi sin darse cuenta. Su mente no estaba con los profetas, sino con la reunión que preveía iba a suceder esta noche. «¿Estarían los diez esta vez?», se preguntaba con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

Cuando anocheció, Samuel se quedó observando su ventana, que daba a la puerta de su casa. No tuvo que esperar demasiado. Como sospechaba, a medianoche, su abuelo salió con esa estafalaria capa que le cubría toda la cabeza. Samuel saltó por la ventana y lo siguió a una distancia prudencial. Al fin y al cabo, ya sabía dónde se dirigía, a la Sinagoga Mayor, y vivían muy cerca. Bajó por su calle hasta la plaza, pasó por enfrente de la carnicería hasta llegar a la sinagoga en unos pocos minutos. La oscuridad dominaba la judería, pero Samuel conocía el camino a la perfección, lo había recorrido infinidad de veces.

Se escondió en el mismo lugar que la última vez, detrás de la penúltima fila de asientos, y se quedó completamente inmóvil. La sinagoga estaba en penumbra, tan solo iluminada por la tenue luz de la *ner talmid*, la pequeña lámpara de fuego que simbolizaba la llama eterna. Poco a poco fue observando cómo llegaban diferentes personas vestidas con idénticas capas a las de su abuelo, todos con la cabeza oculta. No pudo ver ninguna cara ni conocer a nadie. «Supongo que es el sentido de llevar esas capas, que nadie te reconozca», pensó Samuel desde su escondite. Desde luego cumplían su función a la perfección.

Todos estaban en completo silencio. De repente, uno de los participantes cogió del brazo a su abuelo y se acercó hacia el final de la sinagoga, donde estaba agazapado Sa-

muel. Casi se le sale en corazón por la boca. Pensaba que lo habían descubierto.

—Lo has hecho muy bien Isaac —dijo la persona, con voz de anciano, que acompañaba a su abuelo. Samuel casi podía oler su aliento—. Por fin hemos completado el Gran Consejo.

«Gran Consejo, así se hacen llamar los diez», pensó, acurrucado cada vez más sobre sí mismo. Estaba hecho un ovillo.

Samuel había leído muchos libros estos últimos dos años y, por tanto, conocía qué eran los consejos en las juderías. Eran unos órganos que tenían cierto poder en las aljamas más importantes. El consejo de la aljama de Valencia estaba compuesto por treinta personas, igual que la de Barcelona. Sin embargo, en Xàtiva lo formaban únicamente siete personas, porque su población era menor. Junto con el *muqademin* o *adelantado* y el *bayle* de la judería, gobernaban las aljamas.

«Pero esto no se parece en nada a un consejo judío, ni sus miembros se visten así, ni se reúnen con este sigilo a medianoche», pensó Samuel. Además, no sabía de la existencia de ningún gran consejo, jamás había leído ni escuchado ese nombre, y eso que le apasionaba leer.

Su abuelo y el anciano siguieron hablando.

—Sin duda los acontecimientos se precipitarán, y hemos de estar preparados para lo peor —le dijo en un susurro el anciano.

—Lo sé Jacob. Por todas partes llegan malas noticias. Pero por fin, después de mucho esfuerzo, todas las partes están en su sitio.

—Solo falta tu nieto, ¿sabe algo ya?

«¿Solo faltó yo?», se preguntó Samuel con absoluta sorpresa. Se puso más nervioso todavía, ya no sabía cómo agazaparse. Estaba acurrucado sobre sí mismo, ocupando el mínimo espacio posible.

Su abuelo continuó la conversación.

—Llevo casi tres años iniciándole de forma personal. Como todos suponíamos, es extremadamente inteligente para su edad. Ya tiene un amplio conocimiento del Talmud, de los profetas y de la *Torah*. Desde los ocho años es capaz de comprender materias complejas de la *Halakhah*, incluso ahora se sabe de memoria varios tratados completos de la *Misnah*, pero aún no he empezado con la parte secreta. Está claro que es hijo de Rabbi Isaac.

El anciano hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y también nieto tuyo, no seas humilde Isaac. Lo importante ahora mismo es que prosiga su formación sin sospechar lo importante que es y será para todos nosotros —dijo el anciano.

«¿La parte secreta? ¿Lo importante que yo soy y seré? ¿Para qué?», se preguntaba Samuel, absolutamente sorprendido desde detrás de los asientos.

Samuel no entendía nada. Tenía que reconocer que estaba asustado.

2

EN LA ACTUALIDAD, MARTES 1 DE MAYO POR
LA MAÑANA

—Rebeca, te llama el señor director a su despacho, es urgente —gritó Alba, por encima de las catorce mesas y sus correspondientes cabezas que se amontonaban en la sala. Alba era la secretaria personal del director. Trece miradas, las de todos sus compañeros, se posaron en ella.

«¿Urgente? Qué raro, si nunca me hace ni caso», pensó.

Rebeca llevaba casi tres años escribiendo la sección de Historia para el periódico *La Crónica* bajo el seudónimo de la gran Atenea, que era la diosa griega de la sabiduría. Le quedaban tan solo unos meses para acabar el grado de Historia. Aunque el sueldo en el periódico era modesto, por lo menos le permitía pagarse sus estudios. No le importaba compaginar la universidad con el trabajo, ya que desde pequeña siempre había disfrutado escribiendo, además le apasionaba la historia. Cobraba por hacer lo que le gustaba.

Rebeca era consciente que vivíamos en la era de la imagen. A la gente le costaba mucho leer los periódicos, y todavía más si se trataba de artículos de historia, por ello siempre le gustaba dar un toque personal a sus relatos. Y no le había ido nada mal, su sección era de las más leídas, hasta tenía su pequeño grupo de seguidores habituales.

El despacho del director estaba en el otro extremo de la redacción. Mientras caminaba pensaba cuántas veces había entrado en tres años. «¿Tres, quizá cuatro? Y la primera no cuenta, que fue cuando firmé el contrato».

«Bernat Fornell, director», leyó en voz alta. Llamó a la puerta y entró en el despacho. Se encontró, sentada enfrente del director, a una señora, en toda la significación de la palabra, nunca mejor dicho.

Al ver entrar a Rebeca, el director Fornell se levantó de su silla, e hizo una especie de reverencia en dirección a su invitada.

—Rebeca, tengo el honor y el placer de presentarte a la condesa de Dalmau —dijo con solemnidad.

Rebeca miró a aquella señora, que parecía recién llegada de una carrera de Ascot. Iba enfundada en un sofisticado traje verde de una sola pieza, con un escote *off-the-shoulder* muy elegante, aunque quizá demasiado atrevido para la edad que parecía vislumbrase bajo esas generosas capas de maquillaje. Pero lo que indudablemente llamaba la atención era su inmenso sombrero y su tocado. Lo llevaba dejado caer sobre la cara, con una especie de gasa semitransparente que dificultaba verle la cara, ya que le ocultaba medio rostro. «Así solo deja ver la mitad de su edad», pensó con maldad Rebeca.

—¿Tú eres la gran Atenea? —preguntó la condesa con gesto de gran extrañeza—. No puede ser —dijo, dirigiéndose al señor Fornell.

—Le aseguré que sí, señora condesa, es muy buena en su trabajo —se apresuró a responder el director—. Tiene mucho éxito.

—No, si no lo dudo. Lo digo por la edad. No te ofendas, pero me parece que eres demasiado joven para ser la gran Atenea.

«Vaya, otra más», pensó Rebeca. Después de tres años escribiendo relatos históricos, ya estaba acostumbrada a que multitud de chalados de todos los colores le mandaran mensajes y le pidieran entrevistas. No sabía por qué, suponía que siempre pensaban encontrar a una señora tipo Eduard Punset o algo así. Cuando veían a una joven de veintiún años estudiante de Historia sin el pelo blanco albo-

rotado, todos se desilusionaban, se ve que no les resultaba lo suficientemente exótica. «Debería venir a trabajar despeinada», se decía. Estaba claro que la condesa no era diferente a los demás. «¿O sí? No sé». Desde luego su mirada tenía un brillo especial.

Rebeca conocía a la condesa de Dalmau por las revistas del corazón. Era dos veces grande de España y una de las mayores fortunas del país. Siempre había residido con su familia en su palacio de la calle Caballeros, en el centro de Valencia, pero la muerte de su marido, el conde de Ruzafa, en un desgraciado accidente de caza, cambió radicalmente su vida. Dejó la ciudad de un día para otro, y fijó su residencia en el palacio de verano que su familia tiene en Sintra, junto a Lisboa, en Portugal.

La condesa continuó hablando.

—Bueno, no perdamos más el tiempo, ya que he venido hasta aquí pasemos al motivo de mi visita. Sabrán que llegué a Valencia ayer. No pisaba mi ciudad desde el funeral de mi marido, hace ya siete años. Tengo que decirles que no es una visita voluntaria ni de cortesía, he venido obligada por mis abogados, parece ser que si no arreglo cierta documentación legal de la herencia podría tener problemas con Hacienda. Desde luego en cuanto resuelva el dichoso papeleo me vuelvo a Lisboa. No piensen que tengo nada contra mis raíces, estoy al tanto de todo lo que ocurre aquí, de hecho, leo su periódico todos los días, pero no soporto a ninguno de mis hijos. ¡No piensan más que en gastarse el dinero de la familia, y además ahora solo me faltaba Hacienda! —dijo con aires de teatralidad la condesa.

«Esperemos que termine su particular *mise-en-scène*», pensó Rebeca. «A ver si va al grano pronto».

—Vayamos al grano —dijo la condesa.

«¿Me lee el pensamiento?», se dijo Rebeca, entre divertida y curiosa.

—Como decía, Hacienda me obliga a hacer un inventario completo de todos los cuadros, joyas y demás objetos

de valor que hay dentro del palacio, un auténtico aburrimiento. Sin embargo, esta mañana me he encontrado con una pequeña sorpresa, una caja fuerte, detrás del Pinazo que escondía mi marido en su despacho. No tenía ni idea de que estaba allí. Un experto la ha abierto. Sorprendentemente no había nada de valor en su interior, tan solo unos dibujos viejos. Lo curioso es que parecen una especie de acertijo histórico. Y digo que es curioso porque mi marido no era aficionado a esas cosas, y me resulta muy extraño que se tomara la molestia de guardar esos papeles en una caja fuerte y que, además, me ocultara su existencia. Se supone que entre nosotros no había secretos.

«Bienvenida al mundo real», pensó Rebeca. De todas maneras, tenía que reconocer que la condesa había conseguido captar su atención.

—No se me ocurría qué hacer con estos dibujos viejos, así que he pensado ¿por qué no se los llevo a la gran Ate-nea? Ella es especialista en temas históricos y quizá sea capaz de descifrar su contenido. Te leo todas las semanas y tu sección es de lo poco que me entretiene —dijo, mientras miraba a Rebeca.

—Gracias señora condesa, me abrumba con su amabilidad, pero la realidad es que la mayoría de historias en las que se basan mis relatos ya han sido escritas previamente por otras personas. Lo único que hago yo es darles forma para adecuarlos a la sección del periódico y añadirles un pequeño toque personal.

—Pero tengo entendido que hay algún pequeño misterio histórico que has resuelto tú misma, ¿no?

—Si, es verdad, pero... —Intentó objetar Rebeca.

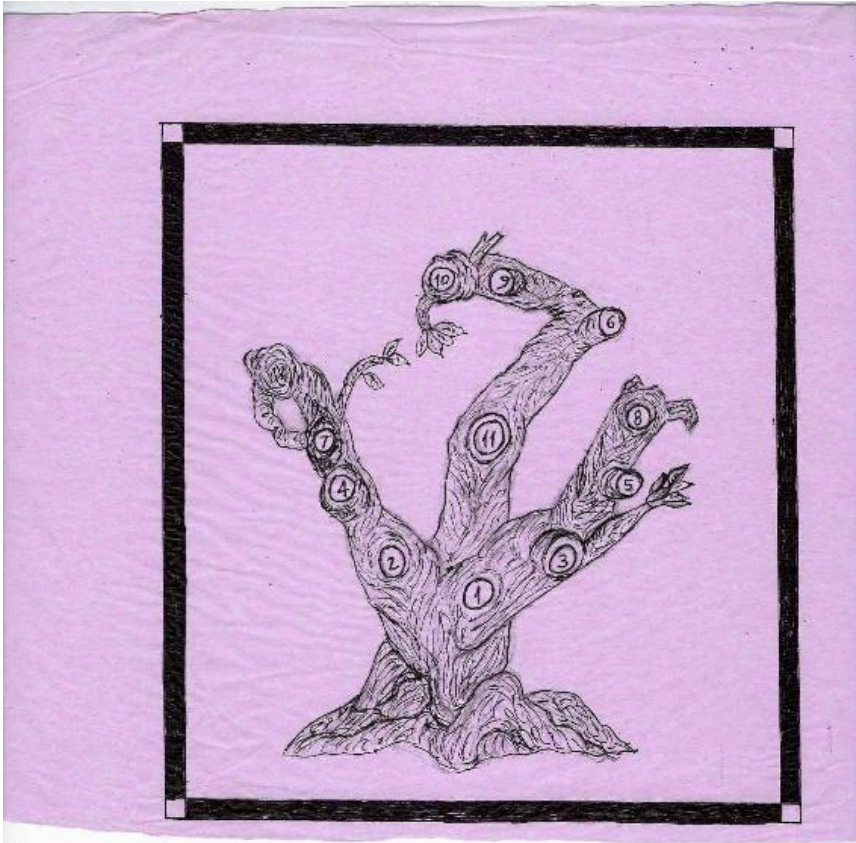
—¡No me pongas excusas antes de intentarlo, niña! —zanjó la condesa.

Por un momento Rebeca volvió trece años atrás. Tenía tan solo ocho años y medio cuando sus padres fallecieron, pero recordaba perfectamente esa frase en boca de su ma-

dre. «¡Cómo los echaba de menos!». Se distrajo unos segundos pensando en ellos.

—¿Qué opinas Rebeca? —dijo el director Fornell.

—¿Qué opino de qué? —dijo Rebeca, sin darse cuenta que la condesa había extendido unos dibujos encima de la mesa.



Al verlos se quedó de piedra. No sabía qué decir.

—¡Caramba, sí que son antiguos! —acertó a murmurar Rebeca.

—Eso ya lo había dicho yo, niña —replicó la condesa—. Lo que quiero saber es lo qué significan.

—Ahora mismo no sé qué decirle, señora condesa. Comprenda que tendré que estudiarlos, y desde luego no le puedo garantizar absolutamente ningún resultado.

—No quiero que me garantices nada. Simplemente dime por qué mi marido guardó en una caja fuerte secreta, que ni yo mismo conocía, unos dibujos sin sentido y, sin embargo, dejó encima de la mesa del despacho su huevo de Fabergé y la gargantilla de su familia con un diamante rojo, de altísimo valor económico y sentimental. Cuando más lo pienso, menos lo entiendo.

Mientras la condesa hablaba, Rebeca seguía mirando los documentos con los ojos abiertos como platos.

La condesa continuó hablando.

—Quédate los papeles, puedes guardarlos en este sobre. Para mi desgracia, Hacienda aún me retendrá unos días en Valencia, así que volveremos a hablar antes de que regrese a Lisboa. Espero que, para entonces, ya hayas cerrado esa boca abierta que se te ha quedado y tengas algo que decirme.

Al parecer, además de los ojos, también se le había quedado abierta la boca. La condesa hizo ademán de levantarse de la silla, dando la conversación por concluida.

—Espérate aquí Rebeca, voy a despedir a la señora condesa hasta la puerta de la redacción y ahora vuelvo —le dijo el director.

En cuanto salieron del despacho, Rebeca cerró la boca y miró los dibujos con más detenimiento. Desde luego eran muy antiguos, y ese árbol daba cierto miedo.

Al cabo de un momento el director Fornell entró como un vendaval en su despacho. Se sentó en su silla.

—Escucha Rebeca, esto es muy importante para el periódico. Sabes quién es la condesa. Desde la muerte de su marido, el señor conde, no ha concedido ninguna entrevista ni nacional ni internacional y ahora, de repente, después de siete años en el exilio, viene a Valencia. Además, cuan-

do apenas lleva un día en la ciudad, nos hace una visita, a nosotros, a un periódico local. Es completamente inaudito.

—Pero... —empezó a decir Rebeca.

—Si, ya sé que no es precisamente una exclusiva, pero estamos hablando del contenido de una caja fuerte que perteneció a su difunto marido. Aunque sea un acertijo sin ningún sentido, hay que sacarle todo el jugo que podamos.

No corrían buenos tiempos para *La Crónica*, en realidad para ningún periódico impreso. La era digital estaba castigando al papel, por eso, en el fondo, comprendía al director Fornell. Cualquier asunto que se saliera de lo normal podía significar vender más ejemplares, y eso era lo que más importaba.

—Lo que quería decirle es que no tengo ni la más remota idea de lo que significan los dos dibujos de la condesa, señor director, no le quiero mentir.

—Eso me tiene sin cuidado. Prepara un artículo y que salga en la edición de mañana mismo. Lo podrías titular *El secreto de los condes* o algo así.

Rebeca estaba apurada, no sabía cómo salir de aquel atolladero. Intentó explicarse.

—Escuche señor director, quizá sea más prudente que, antes de publicar nada, analicemos los papeles de la condesa. Imagínese el ridículo que podría hacer el periódico si anunciamos a bombo y platillo un misterio histórico, creamos gran expectación, y luego no somos capaces, no ya de resolverlo, ni siquiera de comprenderlo. Hemos de reconocer que no sabemos qué son estos extraños dibujos.

El director Fornell se quedó mirando a Rebeca durante un par de segundos.

—¿Sabes?, la prudencia jamás ha vendido periódicos, pero está bien, tú ganas, lo dejaremos para la edición de pasado mañana.

«¿Para pasado mañana? ¿Y yo he ganado?», pensó con incredulidad Rebeca.